

### **3ºD. PASCUA. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 24, 35-48**

*En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan.*

*Estaban hablando de estas cosas, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice:*

*- «Paz a vosotros.»*

*Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma. Él les dijo:*

*- «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo.»*

*Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo:*

*-«¿Tenéis ahí algo que comer?»*

*Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo:*

*- «Esto es lo que os decía mientras estaba con vosotros: que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse.»*

*Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y añadió:*

*-«Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto.»*

## **MIRAR, TOCAR Y COMER**

En el centro de este tercer domingo de Pascua está **«la experiencia del Resucitado hecha por sus discípulos»**, estando reunidos todos ellos en el Cenáculo. Allí Jesús se les manifestó con este saludo: **«La paz con vosotros»**. Los discípulos estaban asustados y creyeron **«ver un espíritu»**, así dice el Evangelio. Entonces Jesús les mostró las llagas de su cuerpo y les dijo: **«Mirad las llagas de mis manos y mis pies. Soy yo mismo. Palpadme»**. Y para convencerlos, les pidió comida y la comió ante su mirada atónita.

Hay un detalle relevante en este Evangelio. Se dice que los apóstoles **«por la gran alegría que tenían no acababan de creerlo»**. Tal era esta alegría que no podían creer que fuera verdad lo que estaban viviendo. Estaban atónitos, asombrados... Y es que **«el encuentro con Dios siempre nos lleva al asombro»**. Va más allá del entusiasmo, más allá de la alegría, es una experiencia que hace pensar: **«¡esto no puede ser verdad!»**

**«Es lo asombroso de la presencia de Dios»**. Es un mundo nuevo en el que se entra con la fe, no sin dudas ni vacilaciones, pero con alegría. La resurrección de Jesús es la **«nueva creación»**. No se trata sólo de creer que Jesús vive. Se trata de conocer y experimentar **«el poder de la resurrección»**. Conviene no olvidar este estado de ánimo, que es tan bello.

La insistencia de Jesús en **«la realidad de su Resurrección»** ilumina la **«visión cristiana del cuerpo»**. El cuerpo no es un obstáculo o una prisión del alma. El cuerpo está creado por Dios y la persona no es completa si no es una unión de cuerpo y alma. Jesús, que **«venció a la muerte y resucitó en cuerpo y alma»**, nos sugiere **«una idea positiva de nuestro cuerpo»**.

El cuerpo es un **«regalo»** maravilloso de Dios, destinado, en unión con el alma, a **«expresar plenamente la imagen y semejanza de Dios»**. Por lo tanto, estamos llamados a tener un gran **«respeto y cuidado, tanto de nuestro cuerpo como del de los demás»**. En la carne de las personas **«encontramos el cuerpo de Cristo»**. Cristo herido, burlado, calumniado, humillado, flagelado, crucificado...

Jesús nos ha enseñado **«el amor»**. Un amor que en su Resurrección demostró ser **«más poderoso que el pecado y que la muerte»**, un amor que **«salva»** a todos pero especialmente a quienes se encuentran cansados y agobiados.

Este pasaje evangélico se caracteriza por tres verbos en los que se refleja nuestra vida personal y comunitaria: **«mirar, tocar y comer»**. Tres acciones que son motivo de alegría, de un **«verdadero encuentro con Jesús vivo»**.

Mirar. **«Mirad mis manos y mis pies»**, dice Jesús. Mirar no es solo ver, es más, también implica **«intención y voluntad»**. Por eso es uno de los verbos del amor. La madre y el padre miran a su hijo, los enamorados se miran recíprocamente. **«Mirar es un primer paso contra la indiferencia»**, contra la tentación de volver la cara hacia otro lado ante las dificultades y sufrimientos ajenos. La pregunta es por tanto, **«¿Veo o miro?»**



El segundo verbo es **«tocar»**. Al invitar a los discípulos a palparle para que constaten que no es un espíritu, Jesús nos indica que la relación con Él y con nuestros hermanos **«no puede ser a distancia»**, no existe un cristianismo a distancia, no vale sólo mirar. El amor pide mirar pero también **«pide cercanía, pide contacto, pide compartir la vida»**. El **«buen samaritano»** no solo miró al hombre que encontró medio muerto en el camino sino que se detuvo, se inclinó, curó sus heridas, lo tocó, lo subió a su montura y lo llevó a la posada. Y **«lo mismo debe ser entre nosotros»**.

El tercer verbo es **«comer»**. Comer simboliza nuestra humanidad en su indigencia más natural, es decir, **«la necesidad de nutrirnos para vivir»**. Pero comer, cuando lo hacemos juntos, en familia o con amigos, también se convierte en expresión de amor, expresión de comunión, de fiesta... ¡Cuántas veces los Evangelios nos muestran a Jesús comiendo y compartiendo! Incluso como Resucitado, con sus discípulos. Hasta el punto de que el **«banquete eucarístico»**, instaurado en la última Cena, se ha convertido en el signo emblemático de la comunidad cristiana. **«Comer juntos el cuerpo de Cristo es el centro de la vida cristiana»**.

Hoy el Evangelio nos dice que Jesús no es un espíritu, sino una **«Persona viva»**. Que cuando nos acercamos a Él sentimos alegría, hasta el punto de no creer y quedar asombrados. Es el gozo de **«vivir en su presencia, de sentirnos amados»**. Ser cristianos no es pues una doctrina o un ideal moral, es una **«relación viva con Él, con Jesús Resucitado»**. Lo miramos, lo tocamos, nos alimentamos de Él y, transformados por su amor, miramos, tocamos y nutrimos a los demás como hermanos nuestros. ¡Que así sea!